

## CAPÍTULO XLI

### MÁS VOCES DE LAS OLAS

Todo continúa lo mismo. Las olas enronquecen en fuerza de repetir su misterio; la arena se amontona en la playa; las aves marinas se remontan y dan vueltas volando; los vientos y las nubes siguen sus no trazados rumbos; los blancos brazos de las velas señalan á la luz de la luna la invisible región perdida en lontananza.

Con melancólica ternura vuelve á encontrar Florencia aquellos parajes que recorrió en tiempos pasados con tanta tristeza y con tanta dicha también. Ahora está sentada, pensativa, oyendo los murmullos del mar que la refieren la breve historia, que la repiten sus palabras. Hasta la parece que su vida entera, sus esperanzas, sus penas, desde su estancia en la solitaria casa hasta el pomposo cambio, todo se contenía en el maravilloso canto.

Y el muy amable mister Toots, que ronda á distancia, mirando con la mayor atención hacia aquella figura que él adora, ha llegado á Brighton en seguimiento de ella: solamente que en su delicadeza no se atreve á acercarse y se limita á escuchar también el *requiem* de las olas que se levantan y se hunden en un eterno

arrullo. ¡ Ah! sí, el pobre mister Toots comprende que las olas hablaban de un tiempo en que él había sido sensible á la luz de la inteligencia y no huero de la cabeza como ahora: por esto se le saltan las lágrimas, porque se reconoce bobo y bueno nada más que para ser objeto de burlas. Aminórase con esto la satisfacción que experimenta por verse libre un momento del Pollo, que se ha escabullido después de haberse ejercitado (á costa de Toots) para su gran pelea con Larkey-Boy.

Pero Toots recupera valor cuando las olas le murmuran afables pensamientos y aunque indeciso y poco á poco se acerca á donde está Florencia. Poniéndose muy colorado tartamudea unas cuantas palabras y finge la mayor sorpresa: no tuvo sorpresa mayor en su vida y la verdad es que ha seguido el carruaje de Florencia, desde su salida de Londres, sin perderle de vista un momento.

— ¡ Ah! se ha traído usted á Diógenes — dice Toots emocionado al sentir el contacto de la linda mano de Florencia que estrechaba francamente la suya.

No hay duda de que allí está Diógenes: y si alguien lo pudiera dudar no es Toots, pues el perro se le lanza á las piernas aunque no consigue hacer presa porque le contiene su ama.

— ¡ Quieto, Di, quieto! ¿ Qué es eso? ¿ No conoces á tu protector?

Diógenes obediente lame la mano de su ama, corre por delante, vuelve atrás, da vueltas en derredor y echa á escape, ladrando, en busca de algún transeunte en quien saciar sus iras. También Toots hubiera querido salir á la carrera para demostrar su obediencia. Un militar pasa en aquel momento no

lejos y Toots apenas logra contenerse para no salir contra él á la carrera.

— Aquí si que respira Diógenes su aire natal ¿eh, miss Dombey? — dice Toots.

Florencia se sonríe y asiente.

— Miss Dombey — añade Toots — dispense usted, pero si quiere usted venir conmigo á casa de Blimber, yo... yo voy ahora.

Florencia toma el brazo de Toots sin decir más palabras y ambos echan á andar, siguiéndolos el perro. Toots siente que le tiemblan las piernas. Va espléndidamente vestido, pero le parece que no le está bien la ropa, halla defectos en aquella obra maestra de Burgess y C<sup>ia</sup> y lamenta el no haberse puesto sus botinas de charol más brillantes.

La morada del doctor Blimber tiene, como siempre, su exterior aspecto de severidad estudiosa. Allí está la ventana por donde solía asomarse la carita pálida de Pablo: por allí decía con la mano ¡adiós! á su hermana cuando ésta se marchaba. El criado de siempre, el joven corto de vista, es quien abre la puerta; que este mozo tiene algo de tonto se demuestra por el semblante inexpresivo que conserva al ver á mister Toots. Pasan los visitantes al despacho del doctor Blimber; allí Homero y Minerva les dan audiencia como en tiempos pasados, mientras en el recibimiento suena el majestuoso y acompasado tic-tac del gran reloj. Las esferas ocupan sus acostumbrados lugares demostrando que el mundo tiene también en el firmamento un sitio fijo, y que, no obstante el movimiento de la tierra, la ley de la gravitación universal hace que, invariable, se mantenga en su puesto.

Aquí está el doctor Blimber, con sus sapientes

piernas; aquí está mistress Blimber con su toca color azul celeste; aquí está Cornelia con su hilera de rizos rubios y sus gafas brillantes, siempre ocupada en desentrañar los misterios de las lenguas muertas. Esta es la mesa que ocupaba el colegial á quien sus camaradas llamaban el nuevo; aun se escucha el murmullo de los otros colegiales antiguos que aprenden sus antiguas lecciones en el antiguo cuarto de su antiguo maestro.

— Tengo mucho gusto en ver á usted, Toots, — dice el doctor Blimber.

Mister Toots se ríe, á manera de réplica.

— Y también de verle en tan grata compañía — añade el doctor Blimber.

Toots, colorado como la escarlata explica que por casualidad ha encontrado á miss Dombey quien, deseando, como él, visitar al doctor y su atenta familia, ha permitido que él la acompañe.

— Pasen, pasen á ver á sus antiguos compañeros de estudio. Yo creo, Toots, que no hay discípulo nuevos en nuestro pórtico: no ha entrado nadie nuevo, me parece — añade el doctor Blimber dirigiendo la mirada á su hija.

— Excepto Bitherstone — replica Cornelia.

— ¡Ah! sí, es verdad — dice el doctor — Bitherstone es nuevo para mister Toots.

Nuevo también, ó poco menos, para Florencia, pues el Bitherstone que está en la clase no parece el mismo Bitherstone de mistress Pipchin: tiene un gran cuello de camisa y una gran corbata y un gran reloj en el bolsillo del chaleco. Pero Bitherstone nacido bajo alguna mala estrella en Bengala está muy manchado de tinta: su diccionario en fuerza de consultas está hinchado lo mismo que un hidrópico, ya

no puede cerrarse y bosteza como aburrido y deseoso de que le dejen de una vez tranquilo. No menos bosteza su amo Bitherstone, prensado á la más alta presión por el doctor Blimber. Pero hay una diferencia entre Bitherstone y su diccionario, y es que en el bostezo del joven estudiante existe malignidad y encono : le han oído decir que ya quisiera coger por su cuenta al « viejo Blimber » en la India; pronto le echarían mano sus *coolies* los de (Bitherstone) y se lo entregarían á los Thugs : podía contar con ello (1).

Brigg seguía dando vueltas sin interrupción al molino de la ciencia. Y Toser también. Y Johnson y los demás : los más antiguos en la casa parecen empeñados en la prodigiosa labor de olvidar lo que aprendieron en sus primeros tiempos. Todos son igualmente ceremoniosos, todos se hallan de igual manera pálidos. Entre ellos mister Feeder, Bachiller en Artes — B. A. — con su mano huesuda y su cabeza erizada está siempre en la faena : ahora tiene entre manos á Herodoto; pero á su espalda, en los estantes, se encuentran esperando la vez apretadas filas de sabios.

Gran sensación produce en aquellos graves caballeros la entrada del emancipado Toots. Miranle con cierta especie de temor respetuoso, como á quien ha pasado el Rubicón y no volverá nunca. En voz baja poniéndose la mano en la boca comentan el traje, las alhajas de Toots. El enrabiado Bitherstone, que no ha sido compañero de Toots, le menosprecia y dice á

(1) Se llaman *coolies* en la India los mercenarios indígenas ó chinos empleados como trabajadores libres en las colonias europeas. *Thugs* es el nombre de una secta fanática del Indostán que, según parece, hace cuestión de rito el asesinar á cuantos extranjeros caen en poder suyo. (N. del T.)

los que están cerca que él tiene cosas mucho mejores que las alhajas de que se admiran : que todo aquello no vale nada comparado con lo que hay en Bengala : él tiene una esmeralda, que le ha regalado su madre, procedente de la ajorca de un Rajah : ¡aquella sí que es piedra preciosa !

Mil desconcertantes emociones produce en aquellos caballeros el ver á miss Florencia : todos vuelven á enamorarse de ella, como en la memorable noche de la fiesta. Todos excepto Bitherstone que se obstina en no seguir la corriente general, por espíritu de contradicción. Despiértanse contra mister Toots negros celos : Briggs opina que, después de todo, no sabe por qué ha de creerse Toots tan por encima de los demás. Pero no hay insinuaciones que valgan : Toots habla, en medio de un profundo silencio, y dice á Feeder, B. A. :

— ¿Cómo está usted, Feeder?

En seguida le invita á comer, esta misma noche, en el Bedford-Hotel. Con esto ya no cupieren dudas : Toots era el pez gordo : indiscutible.

Muchos apretones de manos y muchas cortesías; pero en el fondo todos aquellos caballeros quisieran suplantarlo á Toots en el favor de miss Dombey. Por último, luego de haberse reído Toots delante de su antiguo pupitre, como si con esto quisiera acariciarlo, los visitantes salen de la clase, acompañados de mistress Blimber y Cornelia. El doctor Blimber se queda unos pasos atrás para cerrar la puerta, diciendo antes á sus discípulos.

— Señores : sigamos los interrumpidos estudios.

Poco más ó menos esto es lo que el doctor Blimber oye decir al mar : en toda su vida no supo escuchar de él cosa distinta.

Florencia sube con mistress Blimber y Cornelia á la antigua habitación de Pablo. Toots se queda á la puerta del gabinete del doctor, hablando con éste, mejor dicho, oyéndole hablar. Ahora no comprende cómo pudo tomar en otros tiempos aquel despacho del doctor, por un santuario y al doctor, con sus piernas torneadas, por un clérigo oficiante, un hombre misterioso. Pronto baja Florencia y se despide. Mister Toots se despide. Diógenes que en todo este tiempo no ha dejado de gruñir al criado miope, da un salto á la calle, tan pronto como abren la puerta, y ladra triunfalmente. Melia y otra criada del doctor están en una ventana alta y se ríen mucho diciendo entre ellas : « ese es Toots » y luego miran á Florencia y están de acuerdo en reconocer que se parece mucho á su hermano, pero más guapa.

Mister Toots, que al bajar Florencia del cuarto de su hermano la vió llorosa está desesperado y considera que él tiene la culpa de la aflicción, por haber propuesto la visita. Pero se tranquiliza cuando oye decir á Florencia que se alegra mucho de haber ido á casa de los Blimber : y efectivamente Florencia está contenta de todo y lo repite al encaminarse hacia la playa. Cuando se acercan á la casa de mister Dombey, Toots se va á despedir de Florencia ; pero no acierta, no puede hacerlo ; coge la mano de su amiga, la estrecha, no es capaz de soltarla.

— Miss Dombey — dice Toost con inspiración repentina — perdóneme usted, pero si quisiera usted permitirme que... que...

La sonrisa y la tranquila mirada de Florencia le hacen detenerse un instante.

— Si quisiera usted permitirme — continúa Toots — si no lo considera usted como excesiva libertad, miss

Dombey, si me dejara usted la esperanza... ya sabe usted...

Florencia le mira, investigando su pensamiento.

— Miss Dombey — dice Toots sin poder desembrollar más su idea — la verdad, mi adoración á usted es tan grande que no sé lo que será de mí : soy un desventurado. Si no estuviéramos ahora en medio del paseo, caería de rodillas ante usted y la suplicaría que me diera esperanzas de que...

— ¡Oh! no siga usted, Toots, por favor, no siga usted — exclamó Florencia alarmada. — Deténgase, le ruego : hágame usted el gran favor de no decir ni una palabra más.

Toots se quedó confundido, con la boca abierta. — Ha sido usted siempre tan amable, tan bondadoso conmigo — añadió Florencia, — tengo tantos motivos de agradecimiento, que le considero un excelente amigo y le estimo tanto (al decir esto, Florencia miró á Toots con la mayor ingenuidad) le estimo tanto como amigo que, estoy segura, nos vamos á separar ahora diciéndome usted sencillamente buenas tardes.

— Es cierto, miss Dombey — repuso Toots. — Eso es lo que yo quería decir. No tiene importancia.

— ¡Buenas tardes! miss Dombey — contestó mister Toots. — Espero que no pensará usted más en eso. No tiene importancia. Muchas gracias. No tiene la menor importancia.

Vuelve el pobre Toots al Hotel, desesperado, se encierra en su cuarto, se echa en la cama y así permanece largo rato. Pero llega mister Feeder, B. A. invitado á comer. Suerte es para Toots, pues de otra manera hubiera continuado en su pena, sin ponerla remedio. Así tiene que levantarse para recibir á su invitado, acogiéndole hospitalariamente.

A la generosa influencia de esta virtud social, la hospitalidad (por no decir la influencia del vino y de la buena mesa) se expansiona el corazón de Toots, entra en conversación calurosa. No cuenta Toots á mister Feeder B. A. lo sucedido en medio del paseo; pero al preguntarle mister Feeder « ¿Cuándo va á ser eso? » Toots le replica: « ¡Oh, oh, hay cosas que... » Feeder baja inmediatamente la cabeza no queriendo pasar plaza de indiscreto. Toots se pone serio y añade que no se explica con qué derecho se ha permitido Blimber llamar la atención acerca de que él, Toots, acompañaba á miss Florencia y que si esto envolvía una imprudencia, ¿doctor ó no doctor tendría que darle satisfacciones. Pero supone que Blimber no habrá hecho tal observación en mal sentido. Feeder dice que indudablemente no ha habido en ello el más mínimo agravio.

Sin embargo, como mister Feeder es un íntimo amigo, Toots le confía la verdad; solamente le ruega que no hable de ello sino con el mayor misterio, á medias palabras. Beben más vino y Toots propone un brindis por miss Dombey.

— No tiene usted idea, Feeder, de los sentimientos que me inspira este brindis.

— ¡Oh! sí, querido — contesta Feeder — si tengo idea de ello y á fe que estos sentimientos le honran.

Movido por la amistad Feeder estrecha las manos de Toots y le dice que puede contar con él como con un hermano y que ya lo sabe: si le necesita para algo no tiene más que avisarle por el correo ó por un propio. Dice más mister Feeder: recomienda á Toots que aprenda á tocar la guitarra ó, por lo menos, á tocar la flauta, porque á las mujeres les gusta mucho que

las galanteen con música, que él sabe esto muy bien, pues ha tenido ocasión de experimentarlo.

Con esto, mister Feeder B. A. confiesa á Toots que está enamorado de Cornelia Blimber. Le dice que no es inconveniente el que ella use gafas y que si el doctor fuese generoso, lo que tendría que hacer es retirarse de los negocios; no estaría mal, porque cuando un hombre ha reunido una bonita suma en los negocios, debe retirarse. Cornelia y él se quedarían con la casa: estaba seguro de que Cornelia le ayudaría en la dirección del colegio de manera admirable. Entonces Toots se lanza por su parte á grandes elogios de miss Dombey dejando entender que algunas veces á él le entran ganas de pegarse un tiro en la cabeza. Feeder arguye enérgicamente que tal resolución no tiene sentido y para reconciliar á Toots con la vida le enseña el retrato de Cornelia, con gafas y todo.

En tal disposición de ánimo entra la noche para los dos amigos. Llega el momento de retirarse y Toots acompaña á mister Feeder hasta la puerta de su casa, la del doctor Blimber. Pero Feeder vuelve á bajar las escaleras, cuando ya se ha ido Toots, y se marcha á pasearse solo por la playa, para discurrir á sus anchas sobre sus gratos pensamientos. Y Feeder oye que las olas sin cesar le dicen que sí, que el doctor Blimber dejará los negocios. Y experimenta un placer romántico, al contemplar la casa por fuera y al considerar que el doctor mandará pintar la fachada y hará las obras que sean necesarias.

También Toots está rondando la casa, el estuche que contiene su joya. En deplorable situación de ánimo y no importándole inspirar sospechas á la policía, acecha una ventana por la que se ve luz: no

duda que aquella ventana es la del cuarto de Florencia. Y sin embargo, aquel no es el cuarto de Florencia, es el de mistress Skewton. Florencia se halla en otra habitación, durmiendo, soñando dulcemente, ajena á la visita que una vez más hace en sus cercanías la descarnada muerte. Acostada en su lecho de dolor ya no piensa la enferma en el disimulo de su fea decrepitud. A su lado está Edith, impasible, causando por su misma impasibilidad, gran terror á la anciana. ¡Qué dirán las olas, en el silencio de la noche, á estas mujeres!

— Edith, ese brazo de piedra... me amenaza... miralo, miralo.

— No es nada, madre : imaginación de usted nada más.

— ¡Imaginación! Todo es imaginación mía... Miralo. ¿Es posible que no lo veas?

— Nada, madre, no es nada. ¿Me estaría yo quieta si hubiese algo?

— ¡Quieta! Ya se ha ido el brazo. ¿Y por qué te estás quieta? Esto no es imaginación mía, Edith. Me da miedo verte así, inmóvil, á mi lado.

— Estoy triste, madre.

— ¡Triste! Tú lo estás siempre, triste. Pero no por mí.

De repente da un grito, mueve la cabeza en la almohada : dice que la han abandonado siempre, á ella, que siempre ha sido una madre tan buena. Y habla de la buena mujer á quien encontraron, de la ingratitud de las hijas para las buenas madres. Luego se detiene en medio de sus incoherencias, mira á su hija, grita que se le va la cabeza y se tapa la cara con la sábana.

Edith, por compasión, se inclina hacia ella y la

habla. La anciana abraza con sus enjutos brazos á Edith y mirándola con terror la dice :

— Edith, vamos á volver pronto á casa ¿verdad? ¿Crees que vamos á volver pronto á casa?

— Sí, madre, sí.

— Y eso que ha dicho ése, como se llame, no me acuerdo nunca de nombres... el comandante, eso es. La terrible palabra que ha dicho... no era por mí ¿verdad, Edith?

Da un grito y se queda mirando á Edith con ojos espantados.

Noche tras noche, brilla la luz en la ventana, el cuerpo descansa en el lecho, Edith está sentada al lado y las olas murmuran. Noche tras noche las olas enronquecen en fuerza de repetir su misterio, la arena se amontona en la playa, las aves marinas se remontan y dan vueltas volando, los vientos y las nubes siguen sus no trazados rumbos y los blancos brazos de las velas señalan á la luz de la luna la invisible región, en lontananza.

Y los ojos de la anciana ven en el rincón siempre el brazo de piedra levantado, á su parecer para golpearla : el brazo de una figura funeraria, dice la triste vieja. Al fin el brazo cae y aquel cuerpo yacente en la cama queda sin voz, retorcido y doblado : su mitad ya está muerta.

Tal es la figura que, pintada y recompuesta, todos los días sale al sol, imaginándose que engaña á las gentes entre las cuales circula, transportada en su sillón de ruedas. Quiere ver á la buena mujer, á la otra buena madre, pero en vano circula entre la multitud ; no la encuentra. Tal es la figura que suelen conducir á la orilla del mar dejándola estar allí aunque saben que ni la brisa ha de refrescar sus pulmones

ni el océano murmurará conceptos suaves en sus oídos. Pero allí pasa horas : lo que ella oye del mar no es más que triste y melancólico : en su rostro tiene fijo el terror y sus extraviados ojos no hallan más que desolación entre el cielo y la tierra.

Ve pocas veces á Florencia, pero cuando la ve se pone de mal humor y desagradable. Edith, al lado suyo siempre, tiene cuidado de que Florencia no se acerque, y Florencia, por la noche, acostada, tiembla ante la idea de la muerte en forma semejante : á veces se despierta y escucha, pensando que acaso ya la muerte ha llegado. Nadie más que Edith cuida de la pobre doliente : es verdad que ésta no consiente que nadie la vea en tal estado.

La sombra va siendo mayor en su sombría cara, la demacración va creciendo en su demacrado semblante, tiéndose la espesura de un velo ante sus ojos, como paño mortuorio que la separase del mundo. Sus temblorosas manos que sobre la sábana tratan de agarrarse una á otra, se tocan apenas y se mueven hacia Edith. Con voz que no parece ya suya, que no habla ya un lenguaje humano, dice :

— Soy yo quien te ha criado.

Edith, sin una lágrima se arrodilla para poder hablar más cerca del oído de su madre y la dice :

— Madre ¿me oye usted?

Una mirada fija parece contestarla que sí.

— ¿Se acuerda usted de la noche, víspera de mi casamiento?

La cabeza no se movió, pero los ojos expresaron otra vez que sí.

— Aquella noche dije á usted que la perdonaba su parte y que pedía á Dios me perdonase la mía. Dije

á usted que quedaba olvidado lo pasado. Ahora vuelvo á decirselo. Deme un beso, madre.

Edith toca con su mejilla los exangües labios de su madre. Por un instante hay profundo silencio. Un momento después esta madre, con risa de joven y esqueleto de Cleopatra, se incorpora en la cama...

— Corred las cortinas de color de rosa. Encima de este vuelo hay algo más que viento y nubes. Corred bien las cortinas de color de rosa.

Comunicaron la noticia á mister Dombey, que estaba en Londres. Mister Dombey va, sin tardanza, en busca de Feenix (que aun no se halla en buena salud y por esto no se ha marchado á Baden-Baden). También primo Feenix acaba de recibir la noticia. Es muy buena persona este Feenix : realmente es á propósito para un casamiento ó un entierro. Por esto y por su posición en la familia es indispensable consultarlo en tales circunstancias.

— Dombey — dice primo Feenix — ¡por mi vida! que siento mucho el motivo de su visita. ¡Pobre tía! Era una mujer sumamente viva.

— Mucho — contesta Mister Dombey.

— Y de altas prendas — añade primo Feenix. — Muy bien conservada, para su edad. Al verla el día del casamiento de usted, se hubiera dicho que tenía vida para veinte años. El hecho es que así se lo dije á uno de Brooks... á Billy Joper : ya lo conoce usted, sin duda, es uno que usa lentes...

Mister Dombey contesta que no. Y dice :

— Viniendo á la cuestión del entierro ¿tiene usted algo que indicar sobre...

— La verdad es — interrumpe Feenix acariciándose la barbilla con lo poco de mano que dejaba libre el puño de su camisa — que no se me ocurre nada.

Tengo un mausoleo en el parque, pero me temo que necesite arreglos : el hecho es que se encuentra en estado bastante menos que mediano. En fin, como poderse arreglar, se puede. Lo malo es que la gente que se pasea por el parque ha tomado la costumbre de merendar justamente al lado de la verja...

Claro está que esto no le conviene á mister Dombey. Primo Feenix insinúa otra solución. Añade :

— Acaso la iglesia del pueblo que, por cierto, es de puro estilo anglonormando, admirablemente dibujada por Lady Jane Finchbury, mujer esbeltísima; pero con eso de blanquearla está desfigurada. Además, el ir allá significa una larga jornada.

— Si en Brighton mismo...

A esta indicación de mister Dombey contesta, sin vacilación primo Feenix :

— Palabra de honor, Dombey, yo creo que lo mejor es eso : no veo inconveniente. Además es un sitio muy lindo.

— ¿Para cuándo le parece á usted conveniente? — pregunta mister Dombey.

— Estoy á la disposición de usted — dijo Feenix — designe usted el día que le parezca conveniente. Tendré mucho gusto (gusto melancólico, por supuesto) en acompañar á mi pobre tía hasta los confines de... en fin, de la tumba.

— ¿Podrá usted salir de Londres el lunes? — dijo mister Dombey.

— El lunes me parece muy bien — replica Feenix.

En consecuencia, queda mister Dombey en venir á buscar á Feenix dicho día y se despide, acompañándole hasta la escalera el dueño de la casa. Al momento de irse á separar, dice primo Feenix :

— Siento de veras. Dombey, causar á usted esta molestia.

— Nada de eso — responde mister Dombey.

El día convenido, primo Feenix y mister Dombey se van á Brighton juntos. Ellos, por sí solos, representan toda la familia de la señora fallecida. Dan escolta al cadáver, ambos en el mismo coche de duelo. Al pasar por las calles, primo Feenix conoce á muchos transeuntes, pero no los saluda, por razón de la etiqueta propia del entierro. Sin embargo, los nombra á mister Dombey.

— « Ese es Tom Johnson — dice. — Aquél es el hombre de la pierna de corcho, el de White, ¡Calla! ¿No es Tommy ése? ¿Qué vendrá á hacer aquí? Vea usted á Foley; monta una yegua pura sangre. ¡Hola, hola! ahí va la de Smalder, la hija. » Y así prosigue. En la ceremonia parece decaído primo Feenix. Dice que en estas circunstancias se pone uno triste : cuestión de hecho. Porque, es claro, tiene uno que pensar en que se hace viejo. Primo Feenix siente de veras lo que dice porque se le saltan las lágrimas. Pero se contiene y parece tranquilo, así como todos los acompañantes, los amigos de mistress Skewton, señora que según la observación del comandante, repetida aquel día constantemente en su Club, no se abrigó nunca lo bastante. A pesar de esto, aquella dama de los hombros desnudos, que conocimos en el banquete de mister Dombey, parpadea con dificultad y con una vocecita que parece chillido dice que la difunta sin duda estaba enormemente vieja y ha muerto con un cúmulo tal de horrores que más vale no mencionarlos.

Ya reposa la madre de Edith olvidada de sus queridos amigos : sordos están al murmullo de las olas

que enronquecen en fuerza de repetir su misterio; no ven la arena que va amontonándose en la playa, ni los blancos brazos de las velas que señalan á la luz de la luna la invisible región lejana. Pero todo está igual, todo sigue inmutable á la orilla del mar desconocido : y Edith, paseándose sola y escuchando lo que las olas dicen, huella las algas húmedas, agüero de sus desdichas en la vida.

## CAPÍTULO XLII

## CONFIDENCIAL Y ACCIDENTAL

No ya mal pergeñado con el traje negro de marinero y con sombrero de sudoeste, sino bien vestido con elegante librea de color de avellana, que honraba la habilidad del sastre, se hallaba Rob completamente transformado. No se acordaba ya del capitán Cuttle ni del guardia marina de madera, como no fuese para regocijarse, en momentos perdidos, de la manera triunfal con que se había separado de ellos. Instalado en casa de su amo mister Carker y al servicio suyo inmediato no quitaba los ojos de aquellos temerosos dientes, que parecían fascinarle cada vez con más fuerza.

Aunque hubiera entrado al servicio de algún encantador poderoso no hubiese podido temblar más delante de la varilla mágica que lo que temblaba en presencia de aquella dentadura. El concepto que Rob se había formado del poder de su amo era tan alto que su obediencia y sumisión no tenían límites. Aun no estando mister Carker presente, no se atrevía Rob á pensar en él sino con el mayor respeto, pareciéndole que su amo era capaz de adivinar sus pensamientos y que á la menor falta le agarraría por el